

El rey rana, o Enrique el de Hierro

En tiempos antiguos, cuando bastaba con desear algo para que el deseo se cumpliera, vivía en el mundo un rey; todas sus hijas eran más hermosas una que otra, y la princesa menor era tan bella que hasta el propio sol, que había visto tantas maravillas, se admiraba al iluminar su rostro.

Cerca del castillo real había un gran bosque oscuro, y en ese bosque, bajo un viejo tilo, habían cavado un pozo. En los días calurosos, la princesa entraba en el bosque oscuro y se sentaba junto al fresco pozo; y cuando se aburría, tomaba una pelota de oro, la lanzaba al aire y la atrapaba: este era su juego favorito.

Pero he aquí que un día ocurrió que la pelota de oro lanzada por la princesa no cayó en sus manitas extendidas, sino que pasó de largo, golpeó el suelo y rodó directamente hacia el agua. La princesa la siguió con la mirada, pero, ay, la pelotita desapareció en el pozo. Y el pozo era tan profundo, tan profundo, que ni siquiera se veía el fondo. Entonces la princesa comenzó a llorar, lloró y sollozó cada vez más fuerte y dolorosamente, y no podía consolarse de ninguna manera.

Lloraba ella, derramando lágrimas, cuando de pronto oyó una voz: «¿Qué te pasa, princesa? Con tu llanto hasta una piedra sentiría compasión». Ella se volvió para saber de dónde provenía la voz y vio a un sapito que asomaba su gruesa y fea cabeza fuera del agua. «¡Ah, eres tú, viejo chapuzón! —dijo la muchacha—. Lloro por mi pelotita de oro, que cayó al pozo». «Cálmate, no llores —respondió el sapito—, puedo ayudarte en tu pena; pero ¿qué me darás si te recupero tu juguete?» «Todo lo que quieras, querido sapito —respondió la princesa—, mis vestidos, mis perlas, mis piedras preciosas, y además también la corona de oro que llevo puesta».

Y respondió el sapito: «No necesito ni tus vestidos, ni tus perlas, ni tus piedras preciosas, ni tu corona de oro; pero si tú me quisieras y yo pudiera acompañarte siempre, compartir tus juegos, sentarme contigo a tu mesita, comer de tu platito de oro, beber de tu copita, dormir en tu camita: si me prometes todo esto, estoy dispuesto a bajar al pozo y sacarte de allí tu pelotita de oro». «Sí, sí —respondió la princesa—, te prometo todo lo que quieras, con tal de que me devuelvas mi pelotita».

Pero pensó para sí: «¡Qué tonterías dice este sapo tonto! Que se quede en el agua con otros como él y cojee; ¿cómo va a ser compañero de un ser humano?».

Habiendo obtenido la promesa, el sapito desapareció en el agua, descendió hasta

el fondo, y al cabo de unos instantes volvió a salir a la superficie, sosteniendo la pelotita en la boca, y la arrojó sobre la hierba. La princesa tembló de alegría al ver de nuevo su precioso juguete, lo recogió y echó a correr dando saltitos. «¡Espera, espera! —gritó el sapito—. ¡Llévame contigo! No puedo correr tan rápido como tú».

¡Ni hablar! En vano el sapito la seguía croando a pleno pulmón: la fugitiva no le hizo caso, se apresuró hacia casa y pronto olvidó al pobre sapito, que tuvo que volver a meterse en su pozo sin haber probado bocado.

Al día siguiente, cuando la princesa se sentó a la mesa con el rey y todos los cortesanos y comenzó a comer de su platito de oro, de repente ¡plas, plas, plas, plas! alguien empezó a chapotear subiendo los escalones de mármol de la escalera y, llegando arriba, comenzó a golpear la puerta: «¡Princesa, princesa menor, ábreme!».

Ella se levantó de un salto para ver quién podría estar llamando así, y al abrir la puerta, vio al sapito. Rápidamente cerró la puerta de un portazo, volvió a sentarse a la mesa, y sintió un miedo terrible.

El rey vio que su corazón latía con fuerza y dijo: «Hijita mía, ¿de qué tienes miedo? ¿Acaso hay algún gigante detrás de la puerta que quiera raptarte?» «¡Ay, no! —respondió ella—. No es un gigante, ¡es un sapo asqueroso!» «¿Y qué quiere de ti?» «¡Ay, querido padre! Ayer, cuando estaba en el bosque sentada junto al pozo jugando, mi pelotita de oro cayó al agua; y como yo lloraba muy amargamente, el sapito me la sacó de allí; y cuando él insistió mucho en que debíamos ser inseparables desde entonces, yo se lo prometí; pero nunca pensé que pudiera salir del agua. Y ahora está ahí detrás de la puerta y quiere entrar».

El sapito llamó por segunda vez y elevó la voz:

¡Princesa, princesa!

¿Por qué no abres?

¿Acaso olvidaste las promesas

hechas junto a las frescas aguas del pozo?

¡Princesa, princesa!

¿Por qué no abres?

Entonces dijo el rey: «Lo que prometiste, debes cumplirlo; ve y abre». Ella fue y abrió la puerta. El sapito saltó dentro de la habitación y, siguiendo los pasos de la

princesa, llegó saltando hasta su silla, se sentó a su lado y gritó: «¡Levántame!». La princesa seguía dudando, hasta que finalmente el rey le ordenó que lo hiciera. Apenas hubieron sentado al sapito en la silla, ya quiso subir a la mesa; lo sentaron en la mesa, pero aún no le bastaba: «Acércame, dijo, tu platito de oro, para que comamos juntos».

¿Qué hacer? Y la princesa lo hizo, aunque con evidente desgana. El sapito devoraba la comida a dos carrillos, mientras que a la joven anfitriona el bocado no le pasaba de la garganta.

Finalmente dijo el huésped: «Ya he comido bastante y además estoy cansado. Llévame ahora a tu habitáculo y prepara tu camita de plumas, y acostémonos juntos a dormir». La princesa rompió a llorar, y le dio miedo aquel sapo frío: hasta tocarlo le daba temor, ¡y además él iba a descansar en la blanda y limpia camita de la princesa!

Pero el rey se enfadó y dijo: «A quien te ayudó en tu desgracia, no debes después menospreciarlo».

Ella tomó al sapito con dos dedos, lo llevó arriba y lo empujó hacia un rincón.

Pero cuando ella se acostó en la camita, el sapito se arrastró hasta ella y dijo: «Estoy cansado, quiero dormir exactamente igual que tú: levántame hacia ti o me quejaré a tu padre». Bueno, entonces la princesa se enfadó enormemente, lo agarró y lo lanzó con todas sus fuerzas contra la pared. «¡Seguro que ahora te calmarás, sapo asqueroso!».

Al caer al suelo, el sapito se transformó en un apuesto príncipe con ojos hermosos y dulces. Y por voluntad del rey se convirtió en el querido compañero y esposo de la princesa. Entonces él le contó que una malvada bruja lo había convertido en sapo mediante hechizos, que nadie en el mundo, excepto la princesa, había sido capaz de liberarlo del pozo, y que al día siguiente viajarían juntos a su reino.

Entonces se durmieron, y a la mañana siguiente, cuando el sol los despertó, llegó al pórtico un carruaje tirado por ocho caballos: caballos blancos, con blancas plumas de avestruz en la cabeza, arreos hechos enteramente de cadenas de oro, y en la trasera estaba de pie el sirviente del joven rey, su fiel Enrique.

Cuando su señor fue convertido en sapito, el fiel Enrique se entristeció tanto que mandó fabricar tres aros de hierro y encerró en ellos su corazón, para que no se le rompiera en pedazos por el dolor y la aflicción.

El carruaje debía llevar al joven rey a su reino natal; el fiel Enrique acomodó a los jóvenes en él, volvió a subir a la trasera y estaba radiante de alegría por la liberación de su señor de los hechizos.

Habían recorrido parte del camino, cuando de pronto el príncipe oyó detrás de sí un crujido, como si algo se hubiera roto. Se volvió y gritó:

¿Qué ha crujido ahí, Enrique? ¿Acaso el carruaje?

¡No! Está intacto, mi señor... Es que

Se ha roto el aro de hierro sobre mi corazón:

Ha sufrido tanto, mi señor, porque

Estuviste encerrado en el frío pozo

Y condenado a permanecer para siempre como sapo.

Y una vez más, y otra vez más, algo crujió durante el viaje, y el príncipe en ambas ocasiones también pensó que el carruaje se rompía; pero eran los aros sobre el corazón del fiel Enrique que se rompían, porque su señor había sido ahora liberado de los hechizos y era feliz.